

*Laudatio del Prof. Dr. D. Luis Montiel Llorente*  
*con motivo de la investidura como Doctor “Honoris Causa” del*  
*Excmo. Sr. Germán Velásquez Arango*  
*26 de octubre de 2015*

*PRONUNCIADA POR EL DOCTOR DON LUIS MONTIEL LLORENTE*

En el año 1868 el francés Louis Pasteur recibió el doctorado *honoris causa* en Medicina por la Universidad de Bonn. Aún hoy muchas personas interpretan este hecho como el mero reconocimiento, por parte de un país extranjero, de su labor como médico, ignorando que el doctor Pasteur, pues en efecto poseía desde 1847 este grado académico, no era ni fue nunca médico, sino químico; doctor en ciencias químicas. Lo que con aquella decisión reconocía el claustro de la universidad alemana era que el científico distinguido con el nuevo doctorado lo merecía por el hecho de que su labor iba a permitir salvar vidas humanas; muchas, además. Los profesores alemanes seguían así, tal vez sin saberlo, la consigna de su casi mítico antepasado Paracelso: “médico es el que sabe curar las enfermedades”. El objetivo de la curación, y no la ciencia por la ciencia, es lo que hace al médico, parecían declarar aquellos claustrales.

Hoy la universidad de la que formo parte reconoce el mérito de un economista cuya ejecutoria merece un somero repaso. Comenzó trabajando para la industria farmacéutica en puestos de alta dirección empresarial donde sin duda aprendió cosas de suma importancia; pasó después a la Organización Mundial de la Salud como miembro del Programa de Acción sobre Medicamentos Esenciales, llegando a ser Director del secretariado de la OMS para la Salud Pública, la Innovación y la Propiedad Intelectual y representante de la OMS en la Organización Mundial del Comercio, foro en el que, como es sabido, se debaten asuntos relacionados con el impacto de la globalización y los acuerdos internacionales de

comercio en el acceso a los medicamentos. Y desde 2010 es Consejero para la Salud y el Desarrollo del Centro del Sur, que agrupa a cincuenta y un países en desarrollo.

Decía, pues, que nuestra universidad, y más en concreto nuestra facultad de medicina, reconoce hoy el mérito de un foráneo, de un economista, en la preservación o al menos la defensa incansable de millones de vidas humanas amenazadas por el difícil, a veces imposible acceso a medicamentos esenciales. Con ello la Complutense premia el mérito individual –enseguida matizaré este aserto en el sentido que este acto tiene para el homenajeado- al tiempo que reconoce, como en su día hiciera la universidad renana, que asistimos a un momento en que la medicina tiene que concebirse a sí misma y ser concebida por los demás como una tarea que no es exclusiva de las tradicionalmente denominadas Ciencias Médicas; que fuera de las facultades de medicina se hace y tiene que hacerse medicina porque, como dijo otro sabio alemán, Rudolf Virchow, la política es “medicina en gran escala”, lo que implica, *a sensu contrario*, que la medicina es también política, y por tanto economía y tantas otras cosas. Implica que a la medicina, rectamente entendida, nada de lo humano puede serle ajeno. En el mundo globalizado en que vivimos ya no hay torres de marfil, y una disciplina profundamente humana como es la medicina es quien menos puede permitirse un aislamiento que, sin exageración, cabría calificar de criminal. Médico, lo diré una vez más, es el que cura enfermedades, el que salva, por más que no sea sino provisionalmente, vidas; el que ayuda a que estas puedan vivirse con la dignidad que, muy a menudo, la enfermedad les arrebató. En el caso que hoy nos reúne aquí, es médico quien trabaja y se esfuerza por poner la medicina, en el más restricto sentido del término, al alcance de la mayoría de seres humanos; de todos, como meta hoy por hoy inalcanzable, pero sin duda legítima.

Desde hace más de diez años mis alumnos de primer curso de medicina conocen la tarea de Germán Velásquez. De todos los temas de los que puede ocuparse la Bioética, una de las materias de mi competencia, éste de la justicia y la equidad en el acceso a los bienes materiales de la medicina es, para mí, fundamental, de manera que mostrarles el día a día de quienes están privados de

ellos y de quienes pelean para que esto deje de ocurrir se ha convertido para mí en un imperativo moral superior a muchos otros. Debo decir que en este campo la vida me ha dado muchas alegrías y estoy seguro de que seguirá dándomelas. En esta sala se encuentran médicos jóvenes, y fuera de ella algunos otros, médicos o no, a quienes ha sido imposible acudir, pero que están con nosotros en espíritu, que han asumido un compromiso que desborda el rol tradicional del médico, de por sí meritorio pero hoy ya claramente insuficiente. A ellos y a quienes como ellos, aunque desconocidos para mí, se afanan en pos de ayuda para los más desfavorecidos, rendimos homenaje en este acto; también el propio Germán Velásquez, quien cuando tuvo noticia de mi iniciativa me la agradeció inmediatamente en su nombre y en el de “la causa”. Sobre los hijos de Asclepio, Macaón y Podalirio, que además de luchar en Troya ejercieron allí su labor de médicos, escribió Homero que, por ser esto último, “valían por muchos hombres”. Hoy, en mi pensamiento, Germán Velásquez vale por muchos hombres, varones y mujeres, tan importantes como él, a los que muy dignamente representa: sin salir de esta facultad, los miembros de la ONG CAPS (Cooperación y Ayuda Para la Salud) y las representantes de UAEM (Universities Allied for Essential Medicines); fuera de ella, los de Médicos Sin Fronteras, Farmamundi, Oxfam, Salud por derecho ISGlobal y tantas otras asociaciones y organizaciones orientadas al mismo laudable fin. Y, desde luego, no en último lugar, a esos millones de varones y mujeres, niños y adultos, sin voz y sin salud que no valen, en absoluto, menos que quienes disponemos de todos los bienes que nos aporta la ciencia médica.